

# 7

# AMENAZAS

QUE ENFRENTA TODA IGLESIA

# Y TU PARTE EN SUPERARLAS

*JUAN SÁNCHEZ*



NASHVILLE, TENNESSEE

7 amenazas que enfrenta toda iglesia: y tu parte en superarlas

Copyright © 2018 por Juan Sanchez  
Todos los derechos reservados.  
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group  
Nashville, TN 37234

Publicado originalmente por The Good Book Company con el título *7 Dangers Facing Your Church* © 2018 por Juan Sanchez.

Traducción, edición y adaptación del diseño al español por Grupo Scribere.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® Copyright © 1986, 1999, 2015 by Biblica, Inc. Usada con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas «RVR1960» se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960*® © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960*® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

ISBN: 978-1-5359-1569-4  
Impreso en EE. UU.  
1 2 3 4 \* 20 19 18

# Contenido

Introducción	1
<b>PRIMERA AMENAZA</b>	
Ortodoxia sin amor	9
<b>SEGUNDA AMENAZA</b>	
Miedo al sufrimiento	25
<b>TERCERA AMENAZA</b>	
Transigir	41
<b>CUARTA AMENAZA</b>	
Tolerancia	55
<b>QUINTA AMENAZA</b>	
Una buena reputación	71
<b>SEXTA AMENAZA</b>	
Dudar de uno mismo	85
<b>SÉPTIMA AMENAZA</b>	
Autosuficiencia	97
<b>CONCLUSIÓN</b>	
Nuestro «vivir felices por siempre»	113
Lecturas adicionales	121



«Yo, Juan, hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la perseverancia que tenemos en unión con Jesús, estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. En el día del Señor vino sobre mí el Espíritu, y oí detrás de mí una voz fuerte, como de trompeta, que decía: “Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete iglesias: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea”.

Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba y, al volverme, vi siete candelabros de oro. En medio de los candelabros estaba alguien “semejante al Hijo del hombre”, vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies y ceñido con una banda de oro a la altura del pecho. Su cabellera lucía blanca como la lana, como la nieve; y sus ojos resplandecían como llama de fuego. Sus pies parecían bronce al rojo vivo en un horno, y su voz era tan fuerte como el estruendo de una catarata. En su mano derecha tenía siete estrellas, y de su boca salía una aguda espada de dos filos. Su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor.

Al verlo, caí a sus pies como muerto; pero él, poniendo su mano derecha sobre mí, me dijo: “No tengas miedo. Yo soy el Primero y el Último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno.

Escribe, pues, lo que has visto, lo que sucede ahora y lo que sucederá después”».

Apocalipsis 1:9-19



## Introducción

Nunca ha existido un momento más peligroso para la Iglesia. Ella nada contra la corriente moral de la cultura y, a decir verdad, lucha por mantenerse a flote.

Desde afuera, la Iglesia enfrenta la creciente opresión de los gobernantes tiránicos y la realidad de la creciente persecución a manos de una mayoría anticristiana. Desde adentro, algunos líderes de la Iglesia desvían a los cristianos con interpretaciones nuevas y al parecer más atractivas de la Escritura. Y aquellos que intentan permanecer fieles se quedan rascándose la cabeza con perplejidad, sin saber cómo responder. La situación se ve increíblemente sombría.

Pero el asunto es este: la Iglesia que describí en los párrafos anteriores no es, como de seguro pensaste, la Iglesia occidental de la actualidad. Es una Iglesia en un tiempo y lugar completamente diferentes: Asia Menor en el siglo I y los destinatarios originales del libro de Apocalipsis.

Y esta era una Iglesia en peligro, pues enfrentaba las presiones de vivir en una cultura de inmoralidad e idolatría incontroladas (en Apocalipsis es denominada «la gran prostituta»), la tiranía de un régimen romano opresivo («la bestia») y la discriminación tanto por parte de líderes religiosos romanos y paganos como de las sinagogas judías («el falso profeta»), así como de la población en general («los habitantes de la tierra»).

Pero detrás del telón, todas estas presiones no eran más que herramientas que Satanás («el gran dragón») utilizó en su intento de destruir la Iglesia («la esposa del Cordero»).

Es otra Iglesia, que existió hace dos mil años y a varios miles de kilómetros de distancia; no obstante, algo en su experiencia nos recuerda bastante a la nuestra en la actualidad. Y no es de sorprenderse, porque tu iglesia enfrenta las mismas amenazas, a manos del mismo enemigo

que emplea los mismos métodos y utiliza las mismas herramientas. Excepto que en la actualidad esto tiene una apariencia algo diferente. En la escena actual, los cristianos son el blanco de burlas en los programas de entrevistas o en las redes sociales. Los cristianos permanecen en temeroso silencio en su lugar de trabajo por miedo a perder sus empleos. Los equipos de liderazgo de las iglesias riñen debido a las diferencias teológicas. Las denominaciones adoptan una nueva definición del matrimonio. Las iglesias cierran y los promotores inmobiliarios les echan mano rápidamente para convertirlas en algo más «relevante». Las congregaciones se desaniman porque la asistencia mengua y porque el alma de su nación parece irreversiblemente perdida.

No se puede negar. No tiene sentido enterrar la cabeza en la arena. Todas las iglesias están en peligro, y eso incluye la tuya. De hecho, en realidad solo existen dos tipos de iglesias: aquellas que están sobriamente conscientes de los riesgos y se preparan para enfrentarlos, y aquellas que no se dan cuenta en absoluto. El diablo está al asecho de ambas. La pregunta es: ¿qué vas a hacer al respecto?

## **Querida Iglesia, Jesús nos envía Su amor**

La buena noticia es que Jesús *ha hecho* algo en cuanto a las amenazas que tu iglesia enfrenta; Él nos escribió una carta.

Por lo general, la mayoría de nosotros no considera que el libro de Apocalipsis sea una carta, pero lo es. Tiene el saludo característico de bienvenida y una bendición final, y fue escrita para que circulara entre siete iglesias en Asia Menor, lo que ahora constituye la mayor parte de la Turquía actual. Jesús la escribió para «... mostrar a sus siervos lo que sin demora tiene que suceder...» (Apoc. 1:1). Él quería equiparlos para que derrotaran estas amenazas satánicas que ponían en peligro su testimonio fiel de Cristo y de Su evangelio. Para dar a conocer este mensaje, Jesús escogió al apóstol Juan, «hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la perseverancia que tenemos en unión con Jesús» (v. 9). Pero esta carta es inusual en el sentido de que está escrita en el género de la literatura apocalíptica, que revela acontecimientos de juicio y salvación presentes y futuros a través de visiones, imágenes, sueños y símbolos vívidos y memorables.

Juan comienza su mensaje con una clara promesa: «Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de este mensaje profético y hacen caso de lo que aquí está escrito, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca» (Apoc. 1:3). En otras palabras, Juan cumple la labor de profeta, y todos los que leen, escuchan y obedecen las palabras de esta profecía serán bendecidos; no serán vencidos por los peligros que enfrentan. Ellos conquistarán; ellos recibirán lo que Dios prometió; ellos serán bendecidos. Y esta promesa es para ti también y para tu iglesia.

Entonces, ¿qué es exactamente lo que tanto necesitamos escuchar? ¿Qué es lo que necesita la Iglesia cuando está angustiada, debilitada, amenazada y llega a preguntarse si Dios tiene el control? Necesitamos una visión. Cuando hay muchos en contra nuestra, necesitamos una visión de Aquel que está *de nuestra parte*: Jesucristo. Él es Aquel «... que nos ama y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados» (v. 5). Pero Él ya no cuelga de la cruz. En Apocalipsis 1:12-20, Juan describe su encuentro cara a cara con Jesús en Su condición actual: resucitado, ascendido, exaltado, glorificado. Y hay tres detalles que son particularmente alentadores.

## Jesús está con nosotros

En primer lugar, vemos que Jesús está con nosotros. El apóstol Juan está orando un domingo cuando de repente escucha una voz. Él se da vuelta y ve «... siete candelabros de oro. En medio de los candelabros estaba alguien “semejante al Hijo del hombre” ...» (vv. 12-13). Algunos versículos después, Jesús explica que «... los siete candelabros son las siete iglesias» (v. 20). El libro de Apocalipsis se escribe a siete iglesias específicas en Asia Menor en el siglo I, pero en aquella época existían más de siete iglesias en esa región (ver 1 Ped. 1:1). El número siete, que es símbolo de plenitud, indica que Apocalipsis fue escrito para todas las iglesias; incluida la tuya. «El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apoc. 2:7).

Cual un candelabro, toda iglesia debe sostener la luz del mundo y ser un testigo fiel de Jesús y de Su evangelio en un mundo oscuro. Pero debes notar estas palabras de aliento: Jesús, el Hijo del Hombre,

está en medio de Sus iglesias; de TODAS ellas, las buenas y las malas (y descubriremos que hay muchas de estas últimas). Ante la amenaza, no hay promesa más grandiosa que nosotros, o la Iglesia del siglo I, pudiéramos escuchar: que Jesús está presente con nosotros.

Pero Jesús no solo está con nosotros; Él está con nosotros para gobernarnos, para protegernos y para cuidar de nosotros y de nuestros mensajeros. «En su mano derecha...» esta brillante figura sostiene «... siete estrellas...» (Apoc. 1:16). Jesús explica que «... las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias...» (v. 20). Cada iglesia parece tener su propio ángel, que recibe el mensaje para cada una de las iglesias. Aquí lo importante es tener en cuenta que Jesús sostiene las «estrellas» en Su mano derecha; la mano del poder y la autoridad, de la protección y el cuidado. Jesús es soberano sobre estos mensajeros y, por extensión, Él gobierna sobre cada una de las iglesias de esos ángeles, y las cuida y protege como un pastor a sus ovejas.

Es posible que los peligros que enfrentamos parezcan abrumadores; sin embargo, los superaremos al mirar al Cristo todo glorioso y resucitado. Él está con nosotros; Él se preocupa por nosotros; nos protege; nos provee; nos sostiene en Su mano derecha, de la cual nada ni nadie puede arrebatarlos.

## Jesús nos representa

En segundo lugar, Jesús es nuestro sacerdote. Juan describe la figura en medio de los candelabros como «semejante al Hijo del hombre» (Apoc. 1:13). En los Evangelios, Jesús utilizó este título a menudo para referirse a Sí mismo, y proviene de Daniel 7:13-14 (RVRI960), donde Daniel vio que «uno como un hijo de hombre» recibe un reino de manos del Anciano de días. Sin embargo, el hijo del hombre también está vestido como sacerdote: lleva «una túnica que le llegaba hasta los pies» y «una banda de oro a la altura del pecho» (Apoc. 1:13), al igual que los sacerdotes de Israel en Éxodo 28:4,31.

Jesús es Aquel que, finalmente y de manera fiel, cumple el destino de la humanidad de representar a Dios ante la creación cual un sacerdote real. Este fue el encargo dado a Adán y Eva en el jardín del Edén; encargo en el que fracasaron miserablemente. Por otro lado,

aquí vemos que Jesús lo realiza a la perfección. Como sacerdote, Jesús representa a Dios ante el mundo. Él nos da una idea de cómo es Dios y nos revela Su gloria: «Sus pies parecían bronce al rojo vivo en un horno...» (Apoc. 1:15), y «Su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor» (v. 16). Él es el Hijo real, que gobierna con sabiduría divina, al igual que Su Padre: «Su cabellera lucía como la lana blanca, como la nieve...» (v. 14; Dan. 7:9). Y por ser el Hijo real, Jesús ha recibido toda la autoridad para juzgar. Nada escapa de Su mirada, porque «... sus ojos resplandecían como llama de fuego» (Apoc. 1:14). Y juzgará rápida, exhaustiva y justamente, pues juzgará por la palabra de Dios: «... de su boca salía una aguda espada de dos filos...» (v. 16; Apoc. 19:11-16).

Aunque al parecer los malvados prosperan continuamente y se salen con la suya en el mundo y con respecto a la Iglesia, nosotros podemos encomendarnos al Juez justo. A pesar de que las naciones se encolericen contra el Rey de Dios, ellas no podrán oponerse a Su gobierno. Pero nosotros no debemos temer el juicio venidero de Jesús, porque nos hemos encomendado al Sacerdote fiel de Dios, uno que no solo es representante de Dios para nosotros, sino que nos representa a nosotros ante Dios. Él mismo se convirtió en el sacrificio definitivo por los pecadores arrepentidos; aquel «... que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados» (v. 5). Todos los que confían en Cristo no experimentarán el juicio de Dios, pues Jesús ya recibió la ira de Dios en nuestro lugar.

## Jesús nos habla

Por último, Jesús pronuncia las palabras de Dios. Así como Israel escuchó la atronadora voz del Señor en el Monte Sinaí como «... Un toque muy fuerte de trompeta...» (Ex. 19:16,19), también Juan oye a Jesús hablar con «... una voz fuerte, como de trompeta» (Apoc. 1:10). Como Israel, Juan se sintió abrumado cuando escuchó la voz de Jesús, porque «... su voz era tan fuerte como el estruendo de una catarata» (v. 15).

La voz de Jesús es la voz de Dios; la palabra de Jesús es la palabra de Dios. Todos los que escuchan, leen y guardan Su palabra serán bendecidos (v. 3). Definitivamente, este es un mensaje que vale la pena

escuchar. De hecho, la única respuesta apropiada a esta visión es postrarse ante Jesús con temor reverencial como lo hizo Juan (v. 17). Este Jesús es digno de toda nuestra adoración. Es ante Él que debemos inclinarnos, y no ante la cultura inmoral, ni ante los gobiernos tiránicos, ni ante las religiones anticristianas. Esas mismas amenazas que enfrenta nuestra Iglesia nos tentarán a negar a Cristo o nos inducirán a adorarlo.

Y lo adoramos con gozo, no con temor: «Al verlo, caí a sus pies como muerto; pero él, poniendo su mano derecha sobre mí, me dijo: “No tengas miedo...”». ¡Qué gloriosas palabras! Jesús es el Rey lleno de gloria y resucitado, pero nosotros, la Iglesia, no debemos temerle porque Jesús también es nuestro Salvador, quien estuvo «muerto, pero ahora [vive] por los siglos de los siglos...» (v. 18).

## Hacia dónde vamos

Después de esta impresionante visión, en Apocalipsis 2 y 3, Jesús pasa a exponer las siete amenazas que enfrentan las iglesias en Asia Menor. Cada mensaje sigue un patrón similar. Primero, Él reafirma aspectos de esta visión que son relevantes para cada iglesia al enfrentar su peligro particular. Luego, Jesús evalúa cada iglesia y las elogia por lo que están haciendo bien o las reprende por lo que están haciendo mal, o ambas cosas. Por lo general, junto a la evaluación hay un llamado al arrepentimiento. Sin embargo, lo esencial de todos los mensajes son las promesas a los vencedores que aparecen al final de cada mensaje; promesas que se describirán con mayor detalle en Apocalipsis 19 al 22.

Debido a que Apocalipsis es una circular, cada iglesia debe escuchar «... lo que el Espíritu dice a las iglesias». Por lo tanto, las siete amenazas son representativas de las amenazas que todas las iglesias han enfrentado durante los últimos 2000 años. De esta forma, en los próximos siete capítulos, desempaquetaremos uno a uno cada mensaje. Veremos el texto con detenimiento y haremos una reseña de algunos detalles históricos útiles. Luego exploraremos las características de estas mismas amenazas en la vida de tu iglesia hoy y, lo que es crucial, qué hacer para evitarlas. La responsabilidad de proteger la iglesia no solo recae sobre los pastores y los ancianos, sino también sobre todos

los miembros; por ende, este libro está escrito para *todos* aquellos que se preocupan por su iglesia.

Quiero advertirte algo: la lectura de este libro te resultará incómoda en algunas partes. De hecho, si no es así, es posible que no estés escudriñando tu corazón lo suficientemente bien. La mayoría de nosotros somos buenos para ver los peligros que realmente menos nos amenazan y cómo estos se aplican a los demás. La mayoría de nosotros somos mejores en señalar con el dedo a nuestro vecino que en ver nuestros propios problemas. Por lo tanto, lee este libro en oración, atentamente y con humildad; y mantén tu propia iglesia (y no la de otro) en el primer lugar de tu mente.

Y recuerda que Jesús no expone estas siete amenazas y nos exhorta a superarlas con nuestras propias fuerzas; más bien, Jesús nos llama a vivir por fe en Él y no por vista en nuestras circunstancias. Apocalipsis nos invita a ver este mundo, nuestra iglesia y nuestra vida desde la perspectiva del trono de Dios. A pesar de lo mal que se vean las cosas en este mundo, nuestro Dios soberano está en Su trono (Apoc. 4). Y a pesar de cuán fuera de control se vean las cosas en nuestra vida, Jesús ha recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra y está ejecutando el plan eterno de Dios (Apoc. 5). Jesús vindicará a Su novia (Apoc. 19); Él aplastará a todo enemigo bajo Sus pies (Apoc. 20); y nos guiará a nuestra herencia eterna (Apoc. 21-22).

Alertados y preparados con esta profecía, seremos capaces de resistir pacientemente en este mundo mediante la fe en Cristo. No te hagas ilusiones: tu iglesia está en peligro. Pero no lo dudes: tú puedes vencer.





**ORTODOXIA SIN  
AMOR**

«Escribe al ángel de la iglesia de Éfeso:

Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y se pasea en medio de los siete candelabros de oro: Conozco tus obras, tu duro trabajo y tu perseverancia. Sé que no puedes soportar a los malvados, y que has puesto a prueba a los que dicen ser apóstoles, pero no lo son; y has descubierto que son falsos. Has perseverado y sufrido por mi nombre, sin desanimarte.

Sin embargo, tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor. ¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio. Si no te arrepientes, iré y quitaré de su lugar tu candelabro. Pero tienes a tu favor que aborreces las prácticas de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.

El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que salga vencedor le daré derecho a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios».

Apocalipsis 2:1-7

## ORTODOXIA SIN AMOR

Estaba recién graduado del seminario. Era mi primer pastorado. ¿Qué podría salir mal?

Después de todo, para esto me había preparado. Todo aquel aprendizaje del griego y del hebreo, los estudios del Antiguo y Nuevo Testamento y los montones de asignaturas sobre teología y ministerio pastoral tenían como propósito capacitarme para ministrar en la iglesia local. Y allí estaba yo. Ahora lo único que tenía que hacer era predicar la palabra de Dios con fidelidad y los perdidos llegarían a conocer a Cristo, a la vez que los creyentes se edificarían en la fe. Estaba seguro de que la iglesia crecería por sí misma, pues, como había leído en algunos de esos libros del seminario, «las cosas sanas crecen».

Si todo fuera tan sencillo. En retrospectiva, yo comencé mi primer pastorado más preocupado por asegurarme de que la iglesia recibiera todas las doctrinas y las prácticas bíblicas «correctas» que por el cuidado de la salud espiritual de las personas que componían la iglesia. Como resultado, mis sermones, aunque fielmente expositivos, eran demasiado largos. Mi paciencia para ver el cambio que la iglesia necesitaba resultó ser demasiado corta. En teoría, la iglesia caminaba en la dirección correcta, pero, en realidad, mi corazón estaba en el lugar equivocado.

La mayoría de los líderes eclesiásticos terminan su capacitación ministerial con la cabeza llena de conocimientos sobre la teología correcta y las prácticas correctas de la Iglesia, independientemente de que provengan de un seminario, de una escuela de pastores o de una

ayudantía pastoral. ¡Y eso es bueno! Pero, si no tenemos cuidado, podemos entrar al ministerio pastoral más enamorados de la *idea* de una iglesia sana que con un amor verdadero por la Iglesia por la cual Cristo murió, y que está justo enfrente de nosotros. Muchísimos de nosotros entramos al ministerio con la esperanza de ser el próximo John Stott o John Piper, o de querer pastorear la iglesia de Mark Dever o Tim Keller. Cuando comenzamos el ministerio con tal idealismo teológico y eclesiástico, las personas a las que estamos llamados a pastorear nunca estarán a la altura de nuestras expectativas. En lugar de pastorear a la grey de Dios entre la que nos encontramos, terminamos pastoreando la grey de Dios en nuestra imaginación. Y, en nuestra imaginación, siempre tenemos la razón; y *ellos* (quienquiera que *ellos* sean) siempre están equivocados. Cuando llegamos a ese punto en el ministerio pastoral, ellos siempre pierden. Pero de lo que quizás no nos percatamos es de que nosotros también perdemos. Perdemos credibilidad; perdemos la confianza de la gente; y, lo más peligroso, podemos incluso perder la capacidad de amar a las ovejas de Cristo.

Pero el cristiano en el banco tampoco está exento de la trampa del idealismo ministerial. Es posible que puedas pensar en algunos miembros de tu congregación a quienes les encanta la teología (¡incluso esa persona podrías ser tú mismo!); les encanta escuchar los sermones de los pastores famosos que dan forma al evangelicalismo contemporáneo; ellos leen todos los libros, siguen todos los blogs y emiten en directo todas las conferencias. Y eso también es magnífico, ¿verdad? ¡Todo el pueblo de Dios debería amar la teología y crecer al escuchar buenas predicaciones! Pero, si ese fuera yo, en lugar de amar a mi iglesia y a mi pastor, me vería inclinado a desarrollar una idea de cómo deberían ser mi iglesia y mi pastor. Si fuera sincero, admitiría que preferiría ser miembro de la iglesia St. Helen's Bishopsgate en Londres o de The Village Church en Dallas. Preferiría tener a Alistair Begg o a John MacArthur como mi pastor; y, cuando esto sucede, es probable que desarrolle un espíritu crítico. La predicación en *mi* iglesia nunca será lo suficientemente fiel; la teología en *mi* iglesia nunca será lo suficientemente correcta; y las prácticas de *mi* iglesia nunca serán lo suficientemente bíblicas. Cuando los miembros de la iglesia se vuelven tan críticos, *su* pastor nunca puede ganar. Pero de lo que no se dan cuenta es de que ellos tampoco ganarán.

Miembros de la iglesia como estos pierden el gozo; pierden la unidad; y pueden también perder la capacidad de amar a la familia eclesiástica de la que Dios los ha rodeado.

Aquí es necesaria una advertencia: es cierto que algunos pastores no son fieles, y algunas iglesias no son saludables. Y, como cristianos, todos somos llamados a seguir «... luchando vigorosamente por la fe encomendada una vez por todas a los santos» (Jud. 1:3). A veces esto implica realizar fuertes cambios y tener conversaciones difíciles; no obstante, a través de todo el Nuevo Testamento, el llamado a luchar por la fe se corresponde con el mandamiento de amar. Nunca debemos poner a la verdad en contra del amor, o viceversa.

A menudo pienso que son las iglesias reformadas las que corren el mayor riesgo de enfocarse en la verdad a expensas del amor, especialmente en nuestro clima cultural actual. Al viajar por Estados Unidos y Latinoamérica, me alienta muchísimo el nuevo despertar de la teología de la Reforma que presencio entre los jóvenes cristianos. Pero, al mismo tiempo, me preocupan algunas de las aplicaciones extremas, antibíblicas y la falta de amor de esta teología que algunos «reformadores» celosos e inmaduros ponen en práctica. No es ningún secreto que el mar de cambios culturales que la Iglesia debe recorrer implica que defendamos la fidelidad bíblica en un mundo hostil, y no es raro que estas influencias culturales invadan y pongan en peligro a la Iglesia. No obstante, debido a que las circunstancias exigen que luchemos por la pureza doctrinal, existe el peligro de que enfatizamos la doctrina y la práctica correctas y olvidemos el amor por los demás. En nuestro afán por mantener la pureza de la Iglesia, podemos olvidarnos de que la Iglesia mantenga un ambiente amoroso.

Sin embargo, esto no es una amenaza nueva. De hecho, es la primera amenaza que el Cristo resucitado expone en Apocalipsis 2:1-7: el peligro de la ortodoxia sin amor.

## **Fieles bajo ataque**

Antes de abordar la amenaza que enfrenta la iglesia de Éfeso, el Cristo resucitado les asegura quién Él es. Jesús se describe a Sí mismo como: «... el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y se pasea en

medio de los siete candelabros de oro» (2:1). Juan ya nos declaró en Apocalipsis 1:20 lo que simbolizan las estrellas y los candelabros: «... las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias». Y ahora se nos plantea que Jesús «se pasea» en medio de los candelabros (2:1). ¡Observa aquí tanto la autoridad como el amor de Cristo! Jesús «tiene» sus estrellas; Él tiene autoridad sobre sus ángeles, y entonces el mensaje que está a punto de pronunciarse viene con Su autoridad suprema. Pero Él también «se pasea en medio de» Sus iglesias. Él está con ellas. Antes de evaluar la iglesia y exponer su pecado, Él le promete Su presencia, Su cuidado y Su protección.

La presencia de Cristo de seguro fue especialmente alentadora para la iglesia de Éfeso, porque el Éfeso del primer siglo era un lugar difícil para el ministerio del evangelio. Esta ciudad era un centro político, comercial y religioso. Desde el punto de vista político, era la ciudad más importante de la provincia romana de Asia. Comercialmente, era una ciudad portuaria, lo cual facilitaba el negocio y el comercio. En términos de religión, alojaba una de las siete maravillas del mundo: el templo de la diosa griega de la fertilidad, Artemisa (Hech. 19:23-34); y también sirvió como centro para el culto imperial, que honraba a los emperadores romanos como si fueran dioses. Apenas podemos imaginar las presiones culturales que enfrentaban los cristianos en Éfeso.

Al leer otras porciones del Nuevo Testamento, nos damos cuenta de que tristemente la iglesia en Éfeso no siempre fue saludable, y que sus pastores no siempre fueron fieles. En su discurso de despedida a los ancianos de la iglesia, el apóstol Pablo les advirtió que después de su partida aparecerían falsos maestros de entre ellos «para arrastrar a los discípulos» (Hech. 20:29-30). Parece que estas preocupaciones se habían materializado cuando Timoteo asumió el liderazgo en la iglesia de Éfeso. Evidentemente, las personas con autoridad para enseñar se habían «desviado» de la sana doctrina (1 Tim. 1:3-7). Debido a que los ancianos poseen la autoridad fundamental y la responsabilidad de enseñar a la iglesia, y debido a que Pablo dedica tanto tiempo en su primera carta a Timoteo para abordar los requisitos de los ancianos (3:1-7), parece que la fuente de la falsa doctrina en Éfeso eran sus propios ancianos, tal como Pablo lo había advertido.

Ya cuando Pablo escribió su segunda carta a Timoteo, la presión para que Timoteo transigiera doctrinalmente y no predicara la Palabra era tan grande que Pablo le encargó a Timoteo que predicara la Palabra, sin importar cómo pudiera ser recibida (2 Tim. 4:1-5), y que, si fuera necesario, estuviera dispuesto a sufrir por causa del evangelio (1:8-14). Líderes de la iglesia que enseñan doctrina falsa y miembros de la iglesia que se niegan a tolerar la sana doctrina constituyen señales de una iglesia enferma. No es de extrañar que Pablo le pidiera a Timoteo que permaneciera en Éfeso (1 Tim. 1:3).

Sin embargo, al avanzar cerca de 30 años hasta llegar a las palabras de Jesús en Apocalipsis, parece que la iglesia de Éfeso ha logrado dar un giro a los acontecimientos. Han trabajado a fin de poner a prueba y desenmascarar a los falsos apóstoles (Apoc. 2:2); han «perseverado y sufrido» tanto frente a la presión del mundo como a la interna de la iglesia, para la gloria del nombre de Cristo; y, en todo esto, sin desanimarse (v. 3). Jesús reconoce que, en este entorno pujante y cosmopolita, la iglesia de Éfeso no ha transigido en su fe, sino que perseveran bajo todas las influencias políticas, culturales y religiosas en la ciudad, y trabajan arduamente para mantener la ortodoxia. Ellos se ocupan con esmero en mantener la pureza doctrinal, y Jesús los elogia por esto.

Quizás tú también conozcas las presiones de vivir como cristiano en un contexto cosmopolita. Ciudades como Londres o Nueva York, Shanghái o Dubái son, en muchos sentidos, realmente similares a Éfeso: importantes centros de gobierno, de comercio e incluso de religión. Nuestras ciudades ahora, como en aquel entonces, son polos de diversidad y, a menudo, un terreno difícil para el ministerio del evangelio. De acuerdo, Éfeso estaba bajo un gobierno romano totalitario que podía presionar a la iglesia en formas que los occidentales aún no hemos experimentado hoy; pero, al igual que la iglesia en Éfeso, la Iglesia en Occidente hoy debe mantener la pureza doctrinal en un ambiente hostil. ¡No podemos transigir!

Y quizás no sea tu caso, tal vez te encuentras en una iglesia saludable con pastores fieles. Tu iglesia predica el evangelio, ama la sana doctrina y venera la palabra de Dios. Tu iglesia defiende la verdad y lucha contra la decadencia cultural; y hace ambas cosas con denuedo. Si ese es tu caso, ¡alabado sea Dios!

Pero cuidado. Antes de que tú mismo te des una palmadita en la espalda, debes saber que el mensaje de Jesús no tiene un final muy agradable. Es difícil imaginar una iglesia más fiel que la de Éfeso. En un contexto ministerial difícil, ellos se ocuparon a la perfección de los aspectos doctrinales y eclesiásticos. Al igual que tú, eran doctrinalmente ortodoxos y entendidos en lo teológico; no aguantaban a los vendedores ambulantes del «evangelio» que intentaban introducir nuevas enseñanzas extrañas en nombre de Cristo. Su celo no mostraba señales de decadencia.

Pero Jesús afirma: *eso no significa nada*. A ellos les falta algo, y ese algo significa todo. Y necesitamos sentir la contundencia del golpe: ese algo no es la sana doctrina.

## El algo que significa todo

Esto dice el Señor Jesús a la iglesia en Éfeso: «... tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor» (v. 4). Para tomar prestadas las palabras de Pablo, la pureza doctrinal sin amor es como «... metal que resuena o un platillo que hace ruido». Si tengo la doctrina correcta y las prácticas correctas, «... pero me falta el amor, no soy nada». Si disciplinamos a todos los falsos maestros y quemamos todos los planes de estudio heréticos, «... pero no tengo amor, nada gano con eso» (1 Cor. 13:1-3).

Es una pena que la iglesia de Éfeso hizo esto exactamente. Creyeron en las cosas correctas e hicieron lo correcto. Protegieron la iglesia de personas malvadas y de falsos apóstoles. Sin embargo, a pesar de todos los aciertos, abandonaron el amor (Apoc. 2:4). Esto no es un delito pequeño. Recuerda que esta es la primera amenaza que Jesús desea exponer; de entre siete iglesias, Jesús habla primero sobre esta. Es una amenaza que viene con una advertencia clara: a menos que se arrepientan, Jesús quitará su candelabro (v. 5). Si continúan, perderán el derecho eterno sobre el mismo evangelio que defienden tan apasionadamente.

Entonces esta amenaza es seria. Pero, ¿qué significa exactamente haber «... abandonado tu primer amor» (v. 4)?

Cuando un fariseo le preguntó a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?», Él respondió: «... ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente...». Pero Jesús continuó: «El segundo se parece a éste: ama a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas» (Mat. 22:36-40). El amor por Dios es inseparable del amor por los demás.

En su primera carta, el apóstol Juan también une el amor por Dios y el amor por los demás, al argumentar que nuestro amor mutuo *brota del* amor de Dios por nosotros. Juan expresa: «Amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1 Juan 4:7). De hecho: «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (v. 8).

¿Cómo es el amor de Dios exactamente? Este se manifiesta de la manera más gloriosa al enviar a Jesús para salvarnos del juicio. Juan explica: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados» (v. 10). Ese sencillo versículo debería alentar tu corazón y afirmar tu mente; si no lo hace, ¡retrocede y vuelve a leerlo! Medítalo; saboréalo. Esta verdad es personal, profunda y sumamente sencilla, todo al mismo tiempo: «Él nos amó».

Al meditar en la verdad del amor de Dios por nosotros en Cristo, nuestros corazones deben ser guiados en dos direcciones. Primero, debemos ser movidos a amar y adorar a Dios. Pero para aquellos de nosotros que somos consumidores teológicos y reformadores celosos, debemos tener cuidado de que nuestro amor por Dios no se convierta en un mero amor por la teología. Una vez que la gracia de Dios nos ha alcanzado, es natural que deseemos crecer en nuestro conocimiento de Dios. Pero con demasiada frecuencia, este amor por *conocer a Dios* se convierte en un mero amor por *conocer sobre Dios*. Si no tenemos cuidado, Dios puede convertirse en un objeto de estudio impersonal. Y, cuando eso suceda, nuestras cabezas se colmarán con el estudio de la doctrina, pero nuestros corazones se enfriarán a la verdad, la belleza y la gloria del Dios trino. Cada sermón que preparamos, cada estudio bíblico al que asistimos y cada podcast que escuchamos,

deberían conducirnos a un amor más profundo por Dios que nos mueva a responder en adoración, alabanza y reverencia por Él. Esa debe ser siempre la meta. Si no es así, no solo estamos perdiendo el tiempo, sino que nos estamos exponiendo al peligro.

Segundo, un amor profundo por los demás debería fluir de nuestro conocimiento de Dios y Su amor por nosotros. Por lo tanto, «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (v. 8). El amor es la señal inequívoca de un cristiano. El amor de unos por otros no solo anuncia al mundo que seguimos a Jesús (Juan 13:35), sino que también demuestra que Jesús es quien afirma ser (17:20-21). Debemos ser una prueba viviente de la verdad que proclamamos. Entonces, abandonar el amor (Apoc. 2:3) no significa solamente perder tu afecto y celo por el Dios que envió a Su Hijo para salvarnos de Su ira; también significa fracasar en amar a los demás.

No es difícil abandonar el amor. Esto no sucede de golpe. Considera a una cristiana nueva. Con gran entusiasmo, ella devora la Biblia y se lee con avidez dos o tres libros cristianos a la semana. Pero, a medida que su conocimiento aumenta, también aumenta su orgullo. Antes de darse cuenta, siente que ha crecido más que la mayoría de los cristianos a su alrededor. Nuestra cristiana piensa para sí misma que, a diferencia de ella, los demás son perezosos en la lectura de la Biblia; a diferencia de ella, estos no toman en serio su pecado; a diferencia de ella, están demasiado arraigados a este mundo. A medida que aumenta el orgullo espiritual, también aumenta nuestra disposición a juzgar pecaminosamente a los demás. Y, a medida que aumenta nuestra disposición a juzgar pecaminosamente a los demás, nuestro amor por ellos se torna cada vez más frío.

O imagina un pastor que se ha hastiado de la Biblia, de Dios y de su iglesia, pero entonces descubre la teología reformada. Nunca antes había sentido tanta admiración por Dios; nunca antes había estado tan consciente de la gracia y la soberanía de Dios. Por primera vez en mucho tiempo, su fe y su amor por Dios y por Cristo están creciendo. Pero rápidamente se da cuenta de que su congregación no está con él. Ellos plantean que su predicación ha cambiado. Sus sermones ahora parecen más difíciles de entender. De hecho, son mucho más largos. Y el pastor se pone a la defensiva; siente que la congregación está en su

contra, pero se compromete a defender la fe verdadera a pesar de que sea recibida con frialdad. Entonces sigue adelante con todas sus energías. Los sermones que una vez parecían difíciles de entender, ahora son claros; es decir, claros en su condena. La congregación siente que estos son duros, pero el pastor está convencido de que ahora separa fielmente el trigo de la paja. Sin embargo, es lamentable que no se percate de que ha «abandonado [su] primer amor».

Seamos honestos. Todos sabemos que es fácil perder el amor por quienes nos critican, se quejan de nosotros o incluso nos atacan. Es en contextos como estos que Jesús nos ordena: «... Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo...» (Mat. 5:44-45). Sin embargo, también es fácil perder el amor por aquellos a quienes consideramos inferiores a nosotros en su doctrina y prácticas. Nuestra unidad y amor por otros creyentes tiene como propósito ser un testigo poderoso de la verdad de que el Padre ha enviado a Su Hijo y que somos cristianos genuinos. ¡Por eso me entristece ver a hermanos y hermanas en Cristo caer en discusiones acaloradas en Twitter o Facebook sobre asuntos teológicos de poca importancia!

Y recordemos que el odio y la mordacidad que un mundo hostil e incrédulo nos arrojan solo aumentarán, pero estas personas no son nuestros enemigos, son nuestro campo misionero. Y aquellos que son diferentes a nosotros, pero que también siguen a Cristo, tampoco son nuestros enemigos; son nuestra familia. Somos llamados a amar a los dos. Y aunque puede llegar el momento en que ya no nos asociemos con los cristianos profesantes que promueven divisiones y falsas enseñanzas en la Iglesia (2 Tim. 3:1-9), la Biblia en ninguna parte nos concede la licencia para abandonar el amor.

En su libro *What Did You Expect?* [¿Qué estabas esperando?], Paul Tripp define el amor de esta manera: «El amor es estar dispuesto al autosacrificio por el bien del otro, sin exigir reciprocidad ni que la persona amada sea merecedora de ese amor». Creo que es una definición útil del amor. Debido al amor de Dios por nosotros en Cristo y al ejemplo del amor de Cristo por nosotros, hemos de vivir vidas de autosacrificio voluntario por los demás. La posibilidad de que Jesús elimine el candelabro de los efesios (y con esto su condición de iglesia),

nos muestra que es posible creer lo correcto y no ser iglesia. Es posible hacer todas las cosas correctas y no ser iglesia. Es posible defender los valores morales correctos y no ser iglesia. Pero, si practicamos el amor genuino por los demás, le mostraremos al mundo que somos seguidores de Jesús, y que el Padre ha enviado a Su Hijo al mundo para salvar el mundo.

## Recuerda y arrepíentete

Quizás estás leyendo esto y te sientes cada vez más incómodo; puedes ver que tu amor se está enfriando. Ánimo, hay buenas noticias.

Cuando nos damos cuenta de que hemos descuidado el amor, tenemos que prestar atención a la advertencia del Cristo resucitado: «¡Recuerda de dónde has caído! Arrepíentete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio...» (Apoc. 2:5). En Su misericordia, Jesús nos muestra el camino de regreso. Primero, Él nos señala: «Recuerda». ¿Recuerdas la frescura y la vitalidad de tu amor por Dios y por Cristo cuando comprendiste al principio la verdad del evangelio? ¿Recuerdas cuánto entusiasmo sentías por Cristo, Su palabra y Su Iglesia? Jesús nos llama a recordar cuánto solíamos amarlo.

En segundo lugar, nos declara: «Arrepíentete»; es decir, que nos alejemos de la falta de amor y que regresemos al amor por los demás que fluye de nuestro amor por Él. Pero, para hacer eso, debemos cambiar nuestro pensamiento. Eso es lo que significa la palabra traducida como «arrepíentete» en el versículo 5. Necesitamos reemplazar las formas incorrectas de pensar por formas evangélicas de pensar. Quizás, antes de seguir leyendo, necesites poner a un lado este libro, confesar a tu Padre tu falta de amor y pedirle que te llene con un conocimiento más profundo de Su amor por ti, para que desde tu corazón fluya amor hacia los demás.

Y después de haber cambiado nuestra mentalidad hacia Dios, el evangelio y nuestros oponentes, podemos, en tercer lugar, «practicar las obras» de amor que realizábamos tan fácilmente cuando llegamos a la fe en Cristo.

¿Cómo se ve eso a nivel de la iglesia como un todo? Primero, los pastores tienen la responsabilidad de modelar ese amor y de ayudar

a sembrar una cultura de amor fraternal dentro de la iglesia. ¡Y para amar a la gente hay que comenzar por conocer a la gente! Una de las herramientas más útiles que tenemos en nuestra iglesia es un directorio de miembros con sus fotos. A menudo alentamos a todos los miembros a orar cada día por las personas que aparecen en una página del directorio. También les pedimos que usen el directorio para conocer a otros miembros que actualmente no conocen. Además, instamos a nuestros miembros a venir temprano a los servicios y a quedarse hasta tarde para tener tiempo de conocerse y alentarse unos a otros.

Puede haber varias maneras en que el liderazgo de una iglesia fomente una cultura amorosa; por ejemplo: promover la hospitalidad, alentar a los grupos en las casas o fomentar el compañerismo en toda la iglesia. Pero lo más importante es que los líderes deben modelar ese amor en sus interacciones con la iglesia. Entonces, ¿cuándo fue la última vez que invitaste a otros miembros a cenar en tu casa? ¿Cuándo fue la última vez que oraste por cada miembro de tu iglesia por su nombre? ¿Conoces bien lo que está sucediendo en sus vidas para orar por sus situaciones específicas?

No obstante, las palabras de Jesús en Apocalipsis 2:6 nos recuerdan que el llamado al amor no es un llamado a abandonar la verdad. Jesús elogia a la iglesia de Éfeso porque ellos aborrecen «... las prácticas de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco». Pero fíjate en lo que Jesús plantea. Él elogia a los efesios no por odiar a los nicolaítas, sino por odiar sus prácticas. No sabemos mucho sobre los nicolaítas, pero volveremos a ellos en el capítulo 3. Por ahora, sabemos todo lo que necesitamos saber. De la misma forma en que nuestras obras de amor exponen nuestro amor por Dios, las obras de los nicolaítas exponen su falsa doctrina. Entonces, Jesús declara que Él también odia las obras de los nicolaítas. Él odia lo que están enseñando y las prácticas resultantes que esa enseñanza produce.

Sin embargo, cuando la corrección se hace necesaria, aquellos de nosotros que somos pastores debemos corregir a los oponentes en la iglesia con amabilidad, gentileza, compasión y amor, y orando «... con la esperanza de que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad, de modo que se despierten y escapen de la trampa en que el diablo los tiene cautivos...» (2 Tim. 2:25-26). Cuando modelamos

dicha corrección compasiva por el bien de «nuestros oponentes», le estamos enseñando a nuestra gente cómo abordar los conflictos de manera piadosa.

No hace mucho tiempo, a nuestros ancianos les dieron a conocer sobre un miembro que estaba promoviendo en Facebook una falsa interpretación de un determinado pasaje bíblico. Esto era algo extremadamente raro en este miembro, pero, en lugar de dictar sentencia, uno de nuestros pastores acudió a otro miembro que lo conoce bien y a quien este hermano respeta. El miembro finalmente me envió un correo electrónico, donde me mostraba personalmente la «evidencia» de su interpretación. Le respondí mediante una serie de preguntas y luego le presenté el caso para una interpretación adecuada del pasaje en cuestión. Pasó un tiempo, y no estoy seguro de que lo hayamos convencido del todo, pero finalmente cedió, porque estaba solo en su interpretación contra todos estos otros hermanos que lo aman y a quienes él respeta. Es verdad que estos conflictos no siempre tienen un buen final. Pero, si no somos amorosos, no traeremos a las personas de regreso a Cristo y a la Iglesia, sino que los alejaremos todavía más.

La verdad es importante, pero no se puede separar del amor. El amor es importante, pero no se puede separar de la verdad.

## **El paraíso prometido**

Luego Jesús hace una promesa maravillosa para aquellos que se aferran a la verdad y al amor: «Al que salga vencedor le daré derecho a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios» (Apoc. 2:7). En el paraíso, Dios caminaba por el jardín en medio de Su pueblo, en una comunión agradable y amorosa (Gén. 3:8). La presencia del árbol de la vida en el jardín significaba que esta comunión entre Dios y la humanidad duraría para siempre. No obstante, cuando Su pueblo pecó, Dios los apartó de Su presencia. Adán y Eva, y todos los seres humanos desde entonces, no tuvieron más acceso al árbol de la vida; pero aquí Jesús promete abrir el acceso nuevamente. La iglesia de Éfeso y tu iglesia pueden venir, comer y disfrutar de la vida eterna en la presencia de Dios.

El que habla a los creyentes de Éfeso no es otro que quien se pasea entre las iglesias (Apoc. 2:1). Si no se arrepienten, Jesús quitará su candelabro. Ellos ya no serán iglesia; Jesús ya no se pasará entre ellos (v. 5). Pero el que venza no tiene nada que temer. Dios le dará acceso al árbol de la vida en el paraíso, donde Él y Su pueblo caminarán en perfecta comunión una vez más, pero, esta vez, por toda la eternidad.

Yo he estado participando en el ministerio de la iglesia local desde que tenía 19 años, y he desempeñado varias funciones dentro del personal de la iglesia. Pero no fue hasta el otoño del 2000 que por primera vez ocupé el cargo de pastor principal. En seis meses, el período de luna de miel ya había terminado. Si bien mis estudios de seminario me ayudaron a sentar las bases para manejar la Escritura y pensar bíblicamente sobre la Iglesia, nada me preparó para las responsabilidades de ser el único pastor de una congregación. Algunas de mis resoluciones fueron nobles: estaba decidido a predicar, de forma expositiva, libros enteros de la Biblia; decidí no poner en práctica ningún cambio significativo durante el primer año; y esperaba ayudar a edificar la iglesia y permanecer como su pastor por el resto de mi ministerio.

Sin embargo, en retrospectiva me pregunto si yo estaba más enamorado de la idea de tener una iglesia saludable que de la iglesia misma, con sus miembros tal como eran. A decir verdad, fue la etapa más difícil del ministerio para mí y mi familia. Por la gracia de Dios vimos frutos en el ministerio, pero había abundancia de ingenuidad e inmadurez tanto en el pastor como en la congregación. A pesar de todo, independientemente de lo difícil que fue ese ministerio, el Señor me enseñó que la doctrina correcta y las prácticas correctas de la iglesia, aunque son importantes, no hacen de la iglesia una comunidad sana, ni constituyen un testimonio fiel al entorno circundante.

La doctrina correcta no es suficiente, porque el amor es esencial.